

ISABEL MALLÉN

# EL VIENTO QUE AGITA LAS AGUJAS



Macleín *y* Parker

**Primera edición**

Noviembre de 2017

**Del texto**

© Isabel Mallén, 2017

**De la portada**

© Manuel Alonso, 2017

**De esta edición**

© Macleín y Parker, 2017

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

[www.macleinyparker.com](http://www.macleinyparker.com)

**Edición y corrección**

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

**Diseño de la colección y maquetación**

Antonio Abad (Macleín y Parker)

**Impresión**

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.2 de 90 g/m<sup>2</sup>

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m<sup>2</sup>

**ISBN:** 978-84-947107-5-9

**Depósito Legal:** SE-2079-2017

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

*A mi familia*

Yo no estaba lista. Las nubes blancas juntándose  
a un costado me estaban arrastrando en cuatro direcciones.  
No estaba lista.

[...]

¿Cuál es ese pájaro que grita  
con semejante dolor en su voz?  
Soy joven como nunca, dice. ¿Qué me estoy perdiendo?

SYLVIA PLATH

Tercera voz del poema *Tres mujeres*



«Morir en el agua es una forma de volver al principio.» Eso decías, papá. Presumías con tus frases cuando nos sentábamos en la terraza de casa a tomar el fresco de las noches de verano en la sierra de Huelva. En una de tus fantasías imaginabas morir ahogado, pero no fue así: fue la puñetera nostalgia la que te llevó. Pero yo sí que me voy a... Quiero decir... que... Ay, mi pie, no puedo moverlo... Creo que... me ahogaré si me suelto de la rama de este árbol...

—¡Ehhh! ¡Que alguien me ayudee! ¡Socorrooo!

Ay, por favor, que la voy a palmar si no acude nadie. Y con el ruido del agua ni me oyen. Estoy... muerta de miedo y tela de nerviosa. Tengo que conseguir tranquilizarme, sí eso, tranqui... Y respira, Kati, me digo, y piensa en algo para no morirte, que eres joven y no te toca todavía.

Dicen que el mar escupe siempre lo que se traga, pero yo no apareceré en ninguna orilla porque estoy atrapada en este abundante y frío río, el Noguera Pallaresa. «Idóneo para la aventura», eso recalcaba la publicidad de la página en Internet. Me pregunto una y otra vez ¿a santo de qué me he metido en este dichoso *rafting*? Ay, mi pie,

otro golpe, ¡qué dolor! Si al caerme de la embarcación no hubiera perdido la zapatilla...

—¡Socorrooo! ¡Joder! ¿Es que no hay nadie que oiga mis gritos?

Tengo que vencer el pánico que me está entrando o la corriente me va a arrastrar. Si se escapa el chaleco y no puedo agarrarme a esa otra rama más segura... A ver... Parece que la fuerza del agua la trae hacia donde estoy. Un poco más y lo conseguiré, ven aquí, ya está, menos mal, por fin un respiro.

Con razón le pusieron al chaleco de nombre «salvavidas», a mí me ha salvado de que el agua me tragara en estos saltos y remolinos del río. Se quedó enganchado en este árbol del recodo y gracias a eso estoy sujeta a él. A ver lo que aguanto. ¿Por qué se me ocurriría a mí hacer *ballet*? Así estoy, con los pies hechos polvo; para colmo me he dado el golpe en el que tengo peor. Ni siquiera me preparé para este *rafting*, ¡tonta de mí! Creí que con saber nadar bastaba. Si antes de la salida me hubiera enterado bien de los consejos previos, ¡seré idiota! Sólo miraba al monitor que no paraba de dar instrucciones en el embarcadero, pero yo ni escuchaba, ni atinaba con la parafernalia del equipo. Mis manos iban de los zapatos al casco y a la pala que no sabía utilizar, por poco le doy a una chica con ella, la solté rápido y me concentré en abrocharme bien el chaleco y menos mal, porque es el que me sostiene ahora. Eso, Kati, mantente atenta y no te distraigas y te sueltes. No, sólo tengo que pensar en algo, por ejemplo, que no tardarán en venir a rescatarme, porque imagino que habrán notado mi falta. Eso espero.

Insistí en hacer el descenso hoy porque anoche, nada más llegar al hotel, en la charla que dieron los monitores lo único que me quedó grabado y me quitó el miedo que trataba de disimular fue: «La barcaza de goma es muy segura y el equipo que llevamos, muy completo». Necesitaba, con urgencia, sumergirme en algo fuerte, tan fuerte que, si me suelto de la rama que me sostiene, me engullirá. ¡Mierda!

Otra vez me he vuelto a equivocar. Escapar es lo único que se me ocurre cuando las cosas se ponen feas. Cuando buscaba en Internet una aventura y vi ésta, no lo dudé. Por fin iba a comprobar por mí misma todo lo que mi padre me contaba sobre los descensos. ¡Uf, otro golpe! ¡Ay, ay, ay, qué dolor!

—Pon el pie en esta parte de la lancha, sin miedo, Katia —me dijo Adrián, el monitor de la embarcación, que ya debería estar aquí, pero seguro que con el jolgorio que llevaban ni se habrá enterado. Antes del descenso, en un plis plas me cogió del brazo y me sentó en ella como si no pesara nada. Nos mostraba las posturas en que debíamos colocarnos para aguantar los golpes en los saltos y parecía fácil. Sí, para los demás participantes, pero yo no acertaba ni de coña, así que me escondí entre el grupo, aunque, eso sí, atenta sólo al sonido de su penetrante voz. Aproveché que se calló un momento para preguntar por el primer rápido.

—La lavadora, de nivel cuatro —contestó volviéndose hacia mí distraído, mientras enrollaba una cuerda—, pero no sufras, es sólo para abrir boca.

—Pues le podían haber puesto otro nombre, yo me veo dando vueltas dentro —dije y luego miré hacia otro lado

para que no notara mi preocupación; ese nivel me pareció un número muy alto para una primeriza.

Todos rieron, menos él. Intentando ser amable, respondió:

—Relájate, será divertido, es el primer salpicón. —Y, sonriendo con malicia, siguió—. Las andaluzas sois muy exageradas.

Entonces se acercó a mí para corregirme la postura y temí que notara mi nerviosismo al rozarme con su cuerpo.

—¡Tienes que sujetar bien las correas para cuando vengan las sacudidas! —gritó.

Mientras mis dedos intentaban hacerle caso, mis ojos iban del pendiente de su oreja a los remolinos del pelo en su frente, bajando por unas cejas pobladas para quedarme en la oscuridad de sus ojos.

Dicen que cuando vas a morir tu vida pasa ante ti en cuestión de segundos. La mía se podría resumir en una frase: «Siempre la fastidias, hija mía». Ésa es mi madre. Papá, desde que nos dejaste está más inaguantable, si cabe. Puedes tener el corazón roto, pero aun así sigue latiendo y el mío sigue recordándote. Todos se creyeron anoche, en el hotel, la aventura que les conté del descenso por el río Manso; aquél que tú no lograste hacer, pero que yo había recorrido tantas veces contigo escuchándote embobada. Te gustaba contar historias y ésta más; como me la sabía de memoria la adorné con todo lujo de detalles, y los vi tan atentos que me la adjudiqué para que me dejaran participar hoy.

—El descenso del río, de aguas lechosas color turquesas, que te lleva a la frontera con Chile, es maravilloso. Escuchar el rugir del Manso en el cañadón es algo inolvidable.



Mi padre seguía, y yo, incansable, le pedía que me lo contara una y otra vez.

—¿Hay alguien ahí? —Esto no puede ser, a pesar del traje de neopreno noto mucho frío y me duelen los brazos de estar agarrada a esta rama—. ¿Es que nadie va a sacarme de aquííí? ¡Soooccccoorrrroo!

Dicen que se puede conseguir reanimar a pacientes ahogados en aguas frías cuando han estado sumergidos más de una hora, ¿cuál era aquella película? No puedo acordarme, con las veces que la he visto. Ya está, sí, creo que *Abyss* o algo así. La protagonista se ahogaba voluntariamente, caía en una hipotermia y el tipo duro la conseguía reanimar, pero yo no veo aparecer al mío por ningún sitio, aunque oigo voces lejos. ¡Eh, eeh! Me estoy marean... Katia, me llamo... Kati...